

DOMINGO II DE ADVIENTO (C)
Homilía del P. Joan M. Mayol, rector del Santuario de Santa María de Montserrat
9 de diciembre de 2018

Después de una tal solemne presentación de Juan Bautista, como el hombre elegido en un tiempo bien determinado para ser precursor del Señor, el Evangelio nos revela el verdadero protagonista de esta historia de salvación: la Palabra de Dios que viene sobre el profeta en el desierto.

El desierto para Israel es más que un lugar físico, es la imagen simbólica de su encuentro con Dios. Para el pueblo, el desierto es el lugar donde comienza su libertad, lugar donde escucha la palabra divina que le da vida y alegría, pero también un lugar donde se ponen a prueba sus valores, lugar donde la misericordia de Dios sostiene la fragilidad del pueblo manifestándosele como amor misericordioso y suscitando en él el deber de la responsabilidad. El desierto es el lugar donde la fidelidad de Dios se convierte en historia de salvación, y esta historia es, para los creyentes, el referente para leer su propio presente. La profecía de Baruc que hemos oído proclamar en la primera lectura es un eslabón más en esta cadena de la historia. Dios prometió a su pueblo el retorno del exilio y en su momento esto se cumplió. Así la historia de Israel nos enseña, como cantábamos en el salmo responsorial, como la vida de los exiliados que añoran la tierra puede ser una siembra fecunda que dé a su tiempo un fruto abundante.

La belleza poética de los libros proféticos que resuena con fuerza durante todo el adviento, no es una burla al dolor del mundo, la profecía quiere seguir recordando insistentemente que un mundo diferente siempre es más posible cuando más el hombre deja en su vida un lugar para Dios. Los profetas antiguos ayudaron al pueblo sacudido por guerras y deportaciones a superar las contrariedades del tiempo y no dejar de trabajar duro por el futuro con esperanza. El Profeta del Jordán inaugura pero la nueva profecía cristiana, que no consiste en anunciar una salvación futura «en los últimos tiempos» sino a revelar la presencia escondida de Cristo Redentor en el momento presente. Porque Jesús es más que un profeta, es el comienzo del cumplimiento de las promesas de Dios; en Él, que es el Hijo eterno del Padre, la salvación abarca todos los tiempos; su palabra y los gestos de su vida nos descubren el valor universal de la dignidad del hombre y el valor trascendental que lo hace hijo de Dios.

El Evangelio de Cristo es lo que convierte el creyente en profeta, llevándolo a denunciar ya luchar, con la palabra, por el respeto de la dignidad del hombre, de manera que se haga posible para toda persona «ver la salvación de Dios ». Si el Evangelio es un mensaje para todos no se puede anunciar desde la intemporalidad. Si las palabras de Jesús en nuestros labios esquivan, como no esquivó él, la realidad social, política o moral de su tiempo, el Evangelio no será más que un mero discurso de circunstancias que no llegará a la raíz de los problemas que hieren la dignidad del hombre, y será más un estorbo que una ayuda.

La Declaración Universal de los derechos humanos de hace 70 años fue en buena parte el resultado de la convergencia de tradiciones religiosas y culturales, todas ellas motivadas por el deseo común de poner la persona humana en el corazón de las instituciones, de las leyes y de las actuaciones de la sociedad, y de considerar como esencial el valor inalienable del hombre en sí mismo para el mundo de la cultura, de la religión y de la ciencia. La evolución de los derechos humanos ilustra claramente la lucha de la humanidad para crear un mundo mejor y en ella el anuncio del Evangelio tiene un papel fundamental; pero todavía nos queda mucho camino por recorrer a todos. Los cristianos y la sociedad pluricultural en la que vivimos necesitamos también hoy hombres y mujeres de gestos claros y palabras limpias, que desde la honestidad de la conciencia se revelen ante la indignidad humana del mal uso del dinero y del poder, hombres y mujeres acostumbrados al silencio del desierto; que se fíen del Espíritu y que confíen en la Palabra del evangelio que tiene el poder de regenerar el hombre desde su núcleo más precioso que es la conciencia del amor que la habita.

Para recibir al Señor que llega también en estos nuestro tiempo difíciles, necesitamos hombres y mujeres, de aquellos que, como describía poéticamente el dramaturgo alemán Bertolt Brecht, *se mantienen en pie entre fuegos cruzados o huracanes, sin asustarse ni esconderse; estos que se*

arriesgan a conocer el alma humana y no se escandalizan del pecado del mundo; estos pacificados y pacientes que, en la oscuridad de tantas noches, aprenden que la luz por pequeña que sea, en su luz, siempre se impondrá a las tinieblas; estos sencillos y humildes que no tienen otra pretensión que desvelar lo mejor que habita en el ADN del alma humana.

La vida de los profetas en definitiva nos habla de la soledad radical que hay en el interior de todo ser humano, de este desierto en el que se enfrenta al huracán de sus males y a la vez puede percibir la brisa suave de la presencia de Dios que ha entrado definitivamente en la historia universal en Jesucristo.

Dios a lo largo de la historia ha mostrado que es fiel. La celebración de la eucaristía hace el Memorial de esta fidelidad llevada a la plenitud en la Pascua de Jesús que nos abre a la esperanza para seguir trabajando por la dignidad y la libertad de todas las personas que tendrán siempre en el Evangelio su mejor garante. No es poco el trabajo, pero no es menos el valor de la promesa que Dios nos ha hecho. Como nos decía san Pablo en la segunda lectura, también nosotros podemos estar seguros: *Dios, que ha comenzado en el mundo un buen trabajo, acabará de llevarlo a cabo hasta el día que vuelva Jesucristo.* Por eso toda la Iglesia aclama con esperanza y con gozo: Amén! Ven, Señor Jesús!